

II DE ADVIENTO (Ciclo B)

En la homilía de inicio de su Pontificado, decía Benedicto XVI: «Nosotros existimos para enseñar a Dios a los hombres». De esa forma resumía la misión de los pastores de la Iglesia y también la de todos los bautizados. Si nos fijamos, esto es lo mismo a lo que nos exhortan las lecturas de este segundo domingo de Adviento. Estamos acostumbrados a vivir la liturgia para nosotros mismos y a escuchar la palabra de Dios como una llamada a nuestra conversión personal. Ese elemento es ineludible; pero durante este tiempo de esperanza se nos exhorta a preparar el camino al Señor no sólo dentro de nosotros, sino en todos los hombres. Una tarea urgente es desbrozar los caminos que han quedado cerrados en muchas personas. La tristeza, el desengaño, una mala catequesis o experiencias desagradables han ofuscado para muchos el acceso a Dios. Pero esos caminos, que conducen de Dios al corazón de cada hombre, han de volver a ser transitables.

De ahí el grito de Isaías: «¡Consolad, consolad a mi pueblo!». Y su exhortación: «Alza con fuerza la voz, heraldo de Jerusalén, álzala, no temas, di a las ciudades de Judá: aquí está vuestro Dios». Esa figura del mensajero queda realizada en Juan el Bautista, al que le corresponde preparar de forma inmediata la venida del Señor. En Cristo se cumplen los anhelos de todo hombre. Y hay que predicar ese mensaje de esperanza que incluye el perdón de los pecados. Isaías nos recuerda que el crimen ha sido pagado, y Juan anuncia que Jesús bautizará con Espíritu Santo y, por lo tanto, que todo lo hará nuevo.

Sí, nosotros como Juan Bautista, existimos para anunciar a Dios a los hombres: para decirle a cada persona concreta, sumida en sus problemas, que Jesús ha venido al mundo por ella y que no debe temer nada. El Adviento rompe el sentido funesto de la historia porque con él irrumpe con fuerza la certeza de que Dios viene a salvarnos. Quizá hoy en día existen muchos motivos para caer en la tristeza y hacer un juicio pesimista sobre los acontecimientos que nos tocan vivir. Pero más fuerte que todo ello es la esperanza en Dios que viene a salvarnos y que hace preceder su misericordia. La Iglesia y cada uno de nosotros somos mensajeros de esa gran verdad, en la que se encierra el auténtico consuelo. Porque Jesús no viene a ofrecer una solución aparente y poco duradera, sino a sanar de raíz el corazón de la humanidad herida y a ofrecerle algo que es para siempre. La duración eterna de esa paz y esa justicia que nos trae Jesús es señalada por Pedro en la segunda lectura de este día: «Confiados en la promesa del Señor, esperamos un cielo nuevo y una tierra nueva, en que habite la justicia».

Por eso, conscientes de nuestra vocación de mensajeros, fijamos de manera especial nuestra mirada en Juan Bautista. ¿De qué manera llegó él a ser portavoz de la Palabra? Sabemos la respuesta. Pudo anunciar con fuerza y convicción a Jesús porque antes lo había experimentado en su interior. Juan, formado en el desierto, dedicó mucho tiempo a escuchar. Sólo después habló. Por eso en sus palabras se intuía la fuerza de la Palabra y tenía capacidad para vencer las resistencias de los demás.

Oración, adoración, contemplación.

Pidamos a la Virgen María que en esta Eucaristía nos ayude a experimentar la presencia salvadora de Dios, y eso nos convierta en sus fieles testigos a nuestro alrededor.